

La señora Teresa es la esposa del señor Juan. El señor Juan es un portero de librea de la calle de Velázquez. Cuando los domingos van a Cuatro Caminos para visitar a la hija casada son magníficamente recibidos por los nietos y vecinos. Tienen ellos mucho empaque y categoría. Los señores de Velázquez los llaman familiarmente Juan y Teresa; pero los tratan con la consideración que se merecen.

El señor Juan, que tiene ahorros, ha invitado a Teresa y Carmen para que pasen veinte días en un campamento, y este domingo van al barrio seguros de encontrar a las nietas repuestas y tostadas del buen sol de la playa. Este año las de Madrid han ido al mar.

—¡Abuela Teresa! ¡Abuelo Juan!—gritan las pequeñas—. Están alborozadas y felices.

—¿Qué, nos vais a contar muchas cosas?—dice la abuela dándoles sonoros besos. Hoy no soy yo la del cuento, hoy os toca a vosotras distraer os con vuestras aventuras...

—¡Ay, abuelita, y qué aventuras!... Abuelita,



Yo fui una vez jefa de día, que eso es más; y fui yo la que salvé a María Rosa...

—¿Y quién es María Rosa?

—dicen todos.

—Pues la de los saltimbanquis—contesta la niña, extrañada de que aún no conozcan la prodigiosa historia del campamento.

—Pues verás, abuelita, te vamos a contar una historia de las de verdad, y todavía más bonita que la de...

La casa se ha llenado de vecinos, de amiguitas y amigotes del señor Juan. Teresa y Carmen son las heroínas de la tarde. Han visto el mar, han vestido un traje maravilloso, que más tarde sacarán para bailar la jota valenciana y las malagueñas...: todo lo que aprendieron.

Una vecina pregunta impertinente:

—Y la comida, ¿cómo estaba?

—Buenísima. Ya os contaremos todo—dicen las niñas.

—¡Ay, Dios mío, que no les dará tiempo para la historia!—gritan las amiguitas.

—Sí, sí, la historia—reclama la abuela...

...

Tal vez en nuestro deseo de convencer a los mayores olvidemos interesar a los pequeños en la ilusionante perspectiva del campamento. Y, sin embargo, todas las fantasías caben en su paisaje. He traído a mi cuento la inocente historia de María Rosa... Lo mismo se habría podido asomar al campamento Blanca Nieves con sus enanitos o el Conde Olinos en su caballo...

Dice Cervantes en el coloquio de los perros «Que los cuentos, unos encierran y tienen gracia en ellos mismos: otros en el modo de contarlos». Procure el amable lector aderezar con mímica y buena interpretación el sencillo relato de esta «flecha»:

—Una tarde salimos de marcha. Ibamos de tres en fondo. ¿No sabéis cómo es de tres en fondo? ¡No saben nada!—dicen despectivamente... Bueno, pues íbamos cantando:

*Quitate del sol que quema,
Ocaírl, ocaírl.
Y de la luna que abraza,
Ocaírl, ocaírl...*

Ibamos por debajo de un puente, un puente alto para el ferrocarril. Por debajo hay una trocha con álamos. Aquello es muy bonito y se llama Pan Triste. Bueno, pues allí había un carromato muy sucio con unos gitanos. El hombre era horrible, tenía patillas y una chaqueta de pana con medallas de plata. Pero la mujer, joven, era muy bonita, llevaba trenzas y un pañuelo a la cabeza. Después había una vieja muy mala, que le estaba pegando a María Rosa... A mí me gustó mucho aquello porque me acordé de tus cuentos, abuelita..., y pensé: esa niña es robada... Como yo iba la última de la marcha, me salí un poco, sin que se diera cuenta la instructora, y le di a la niña un trozo del pan de mi merienda.

La pequeña estaba tirada en el suelo, llorando, muy desgreñada y muy sucia. La pobre no me dió las gracias, pero se quedó mirándonos. A mí se me partió el corazón...

Cuando volvíamos al campamento eran cerca de las nueve y ya había estrellas.

En el carromato había encendida una hoguera. Todas las «flechas» miramos porque estaba fantástico, pero olía muy mal y me dió lástima de la pobrecita niña.

Miré y no la vi.

Luego, más lejos, atravesamos un maizal que bordeaba nuestra vereda... De pronto salió la gitanilla desgreñada, y sin que nadie se diese cuenta me cogió de la mano.

Abuelita, yo quería salvarla... Y si lo decía allí en medio, se pararían, y la instructora, como es natural, la devolvería a sus padres, y yo sabía que era robada. Así que le apreté la manita y seguí andando junto a mí en la oscuridad, sin que nadie se diese cuenta. Luego, cuando llegamos al campamento, le dije en secreto: Espérame aquí. Y la dejé junto a la cruz de los caídos, que está a la entrada.

Por la noche yo no podía comer; me parecía que la jefa me miraba de manera especial, y por otro lado me imaginaba a la niña llorando o que le había encontrado el hombre de las medallas y le pegaba. Después de cenar, gracias a Dios, hubo fuego de campamento, así que yo tenía un pretexto para salir; pero no veía nada claro cómo podría salvarla.

Durante el fuego hubo un grupo de «flechas» que hizo el romance del Conde Olinos, que es muy bonito, y todas bailamos; y la instructora nos habló de Santa Teresa, y nos contó lo valiente que era cuando chica, que se fué con su hermano a salvar cristianos. ¡Ay, abuelita, yo me sentía tan cobardel!... Pero no era capaz de decir que me había traído a la niña, ni quería decirlo porque la devolverían... Y de pronto, mientras la instructora hablaba y todas, silenciosas, escuchábamos, vi unos ojos brillantes, que el fuego los ponía como los de un gato, y un bulto que se acercaba a

cuatro patas hacia nosotras... Estaba ya tan nerviosa que se me escapó un grito. Entonces la jefa del campamento me miró severamente y me mandó acostar, diciéndome que una niña nerviosa no debe ser jefa de día.

Me acompañó a la cama la enfermera, y como ésta me daba más confianza, yo le dije que había traído al campamento una niña abandonada y que la había dejado en el jardín. Me miró como quien mira a una loca, me tomó el pulso y me dijo que durmiera, porque sin duda había cogido demasiado sol. Poco después tocaron silencio, y todas las «flechas» se acostaron. Yo salí de puntillas para ver si podía ver a mi niña y salvarla. Fui al cuarto de duchas y abrí la ventana, que es baja y da al jardín. Al poco rato vi junto a la cruz los célebres ojos de gato. Hice señas, y se acercó la pobre arrastrándose; y como era un saltamontes, antes de que yo me diese cuenta se había metido por la ventana y estábamos las dos hablando:



Y como era un saltamontes, antes de metido por la...



Había una vieja muy mala que le estaba pegando a María Rosa...

nos hemos bañado en el mar y nos hemos subido en una barca, y he dormido en una cama de dos pisos...

—¿De dos pisos? ¡Ay, válgame Dios!, ¿y no te caíste?

—¡Qué me iba a caer! Si yo era la jefa del cuarto.

—¿Y la jefa del cuarto no se cae?

—La jefa del cuarto es la más lista, abuelita, y la más ordenada, y la menos perezosa. Ya ves—dice de un tirón Teresita.

—Y ésta—dice la abuela refiriéndose a Carmen—¿no era jefa de nada?

—Claro que sí—dice la niña, orgullosa—.



Le dije en secreto: Espérame aquí.



La instructora hablaba y todas, silenciosas, escuchábamos.



Las niñas se p...
trajes de camp...